

Esta ciudad

Estamos demasiado
arriba
para retener un clima,
sólo nos llegan
trozos de estaciones,
una punzada de verano
y otra de invierno,
mientras persiste
un pizarrón de fondo
irreductible, siempre
el mismo.
Los parques
son frecuentados todo el año
a cualquier hora,
pero ¿quién es feliz en ellos?
A lo mejor los perros, las criadas
y los viejos;
tal vez son ellos los auténticos
de aquí, los más felices.
Estamos demasiado arriba
para un cambio de estación,
todo nos llega adelgazado y tarde,
y lo que llega,
cómo tarda en irse.
Nos falta un río
con su lección de alejamiento
para neutralizar el altiplano.
La lava, por ejemplo:
no es verdadera piedra,
sino ceniza endurecida,
¿en dónde está la verdadera piedra?
La reinventamos
para construir de prisa
y es una piedra
demasiado dúctil,
es nuestra piedra del insomnio.
Los pisos nos parecen inventados,
la gente resignada a lo pequeño,
a deslizarse.

El único paréntesis
es la época de lluvias
vespertinas
que calan sin descanso
e inundan calles
y descomponen los semáforos.
Son nuestra credencial de clima,
lo que nos une a la provincia
más que el castellano.
Aquí habría que venir
por cortas temporadas,
por excéntricos.
Para ir al mar,
por decir algo,
hay que bajar a la llanura
y desde ahí viajar,
y así con todo: la sensación
de estar ante las cosas
simples
en permanente oblicuidad.
Hay otras cosas
que no entiendo,
entre otras cien que no menciono:
por qué a las doce
la sombra no desaparece,
y otra, que es más grave:
por qué se deja a medias
tanta construcción.
Tal vez las dos son una:
sólo si está acabado
algo se funde con su sombra,
la sombra está
como interiorizada y no se ve,
pero en el altiplano
la sombra, excepto en mayo,
no claudica,
y su incapacidad
de coludirse con las cosas
se propaga.

Es como estar siempre endeudados
con el medio,
como quedarse cortos.
Tal vez nos falte un mediodía
real,
un punto divisorio,
un antes y un después diario
con su regalo de ironía
e intimidad.
Si hubiera un río
que introdujera
una convalecencia,
una lección de estilo
no barroco,
sabríamos que la ciudad
arranca en algún punto,
que es transcurrible
y es sinuosa,
aunque ningún clima la cruza,
y el altiplano no es de niebla,
pues la ciudad
que no se ve a sí misma
se disgrega,
o se disgrega
para verse,
como ésta,
que espera su temblor periódico,
su zafarrancho,
una revolución o un terremoto,
sus climas más profundos,
para saber de qué está hecha,
esta ciudad que aún
se ruraliza
cada vez que puede
por este don de cada uno
de salirse, pese a todo,
con la suya,
de no dejarse amodorrar
del todo;
los miserables tienen

ciertos ángulos de búsqueda,
de regio anonimato
que los abstraen de sus techumbres,
y esta ciudad admite eso:
circuitos que se ignoran,
provincias que se cierran
al foráneo, pueblitos
que de tanto estar en ciernes
son colonias,
así se ríe
del porvenir que nos espera,
sigue la ondulación del valle,
se afianza como puede, sin drenaje,
con puras fosas sépticas,
no tiene una vinculación
profunda entre sus partes,
no tiene otra ciudad abajo,
abajo sólo tiene el altiplano
y los temblores que la cuidan.
Es una cabra terca, pues,
que arriba emprende bardas
para sentirse viva,
hechas de piedra suelta
las más pobres,
que son la gran pasión
del altiplano: hacer recintos,
patios,
rodear de distensión un núcleo,
como se envuelven las tortillas
con un trapo en la comida,
no presentar abruptamente nada,
jamás decir las cosas como son,
rodearlas de una ambigüedad
que deje abierta una salida,
que salve a cada quien del otro,
que salve al otro del que soy
y deje el tú del lado del nosotros
y deje el yo del lado del ustedes,
que es la suprema cortesía imposible
y la suprema abnegación de aquí. ◇